

II.

Sábado 2 de Enero.

Mahé no tiene rada, y á causa de los bajíos hemos tenido que detenernos ayer al llegar, y fondear á tres millas mar afuera; estamos en alta mar, en plena mar azul, no en la India, sino cerca de la India; distinguimos, como cosas casi lejanas, la línea de sus selvas y los recortes irisados de sus grandes montañas.

Hoy hace tiempo tranquilo; una débil brisa que apenas consigue hinchar las velas de los barcos. Habiendo salido de á bordo á las doce, con la fuerza del sol, no salto á tierra sino á las dos.

Dos horas todavía dura el desmadejamiento del día, y la pequeña ciudad duerme bajo su espeso follaje; pero la sombra es tan grande, que casi se siente una impresión de frescura al abrigo de aquellas palmeras.

En el camino de Cannanore, que he tomado al

azar, seguido de dos indios charlatanes, oigo de pronto salir de un jardín una música asombrosa. Se trata, á lo que parece, de unas bodas que se celebran allí con mucho ceremonial: hay una compañía de bailarines ajustados que han venido de Cannanore, y que van á ejecutar bailes de conjunto; y puedo entrar, según me aseguran, siendo muy bien recibido, porque los novios son *franceses como yo*, lo mismo que toda su familia, por más que su casa esté situada fuera de nuestra colonia, en tierra inglesa.

Aquel jardín está cubierto de velas blancas atadas á los tallos de las grandes palmeras por guirnaldas de follaje. En el fondo se ve la casa, y al lado, sobre una estrada, están sentados hombres que tienen collares de oro y trajes de muselina: son los convidados á la fiesta, gentes cualesquiera que habitan las casas de los alrededores; sin embargo, parecen una asamblea de dioses: tan bellos son sus rostros, y tan reposadas sus actitudes, y tan grandes y profundos sus ojos. Llevan una vestidura ligera atada en uno de los hombros y dejando ver sus brazos desnudos, con una mitad

de su torso admirable. Cae sobre ellos, á través de la tienda, á través de la bóveda más alta de las palmeras, aquel reflejo de oro, aquella eterna claridad de apoteosis que es en la India la luz de todos los días. Me hacen sentar en un puesto de honor, y me avergüenzo yo cerca de aquellas gentes de mi chaqueta ajustada con una fila de botones, mi sombrero ancho, del aspecto que tengo conciencia de ofrecer..... En la casa están las mujeres, medio veladas, medio ocultas, mirándonos por las ventanas. Hace un calor irrespirable en medio de la multitud; parece que aquella luz de oro, que está esparcida por todas partes y tan hermosa, es una incandescencia del aire. Perfumes almizclados salen del suelo, de las plantas, de los árboles, de los indios que me rodean.

La fiesta comienza por un baile de niños, muy lento, sobre un ritmo triste, marcado por platillos. Unos treinta niños que se habían formado en círculo, saltan dulcemente, y giran, con la vista apagada como si tuvieran sueño. Llevan en la mano izquierda un escudo y en la mano derecha una espada ancha y corta..... ¿Son niños ó niñas?...

A primera vista no se sabe. Pero todos son bonitos, con sus grandes ojos orlados de pestañas negras. Los cabellos rizados, atados á las sienes por una cinta, como en lo antiguo, y luego caen sueltos sobre los hombros hasta la cintura. El pecho grueso y arqueado, la cintura notablemente delgada, rodeada de paños muy largos atados con holgura. Siluetas demasiado esbeltas, que tienen algo que no es natural, que les hace parecerse á los personajes hieráticos de los bajos relieves egipcios; son la explicación de aquellas antiguas pinturas de la India, donde se ven seres muy bellos, de un sexo ambiguo, con el pecho redondo, sin caderas, la cintura tan delgada que parece saltar, una gracia medio mística y medio sensual.

Al principio, aquello no era más que una especie de marcha cadenciosa, con un canto grave; poco á poco se va acelerando, y crecerá cada vez más. Todos los escudos chocan á compás con un ruido seco; las espadas, con un sonido claro de metal. A cada instante hay cambios bruscos de ritmo y de melodía. Más de prisa, cada vez más de prisa; aquellas voces de niños, que al principio cantaban

con dulzura, comienzan á aullar de un modo siniestro, como voces de demonios. Cada vez más de prisa, y los escudos chocan cada vez con más fuerza. En la orquesta también hay ahora una fiebre; los que tocan el tambor se agitan con frenesí; los que soplan en las flautas tienen los carrillos ahuecados, las venas hinchadas, los ojos inyectados en sangre. Parece un *crescendo* de gaitas corriendo tras de platillos. Un viejo, con cara de brujo, que dirigía el baile tan sólo por señas, acaba de tomar una pata de animal colocada en la punta de un palo, y como si él mismo se hubiera puesto furioso, con los ojos fuera de sus órbitas, pega á derecha é izquierda y sin reposo en las nalgas de los que se retrasan, los cuales saltan más alto y aullan más. No se distingue nada más que una mescolanza de bracitos, de piernas, de cuerpecillos que se retuercen, de cabelleras sueltas que se alargan como serpientes negras. No puede menos de seguirse, jadeando también, con una especie de angustia, aquella exasperación creciente de movimiento y de ruido. Se ha convertido la fiesta en un clamor estridente que desgarrá, un

torbellino, un vértigo, una cosa del infierno.....

Y luego, de pronto, todo aquello se detiene, de golpe: bailes, músicas, súbitamente apaciguado, fijado, silencioso. La figura ha terminado; con la mayor tranquilidad del mundo los pequeños ejecutantes se limpian la frente, y el director, ahora muy paternal, les da de beber.

En seguida aparecen unos adolescentes, casi hombres hechos, que se agrupan en corro como los niños de hace un momento. Como ellos, también tienen el talle delgado, los senos salientes, largos cabellos de un negro lustroso, y en los menores gestos una gracia femenina exquisita; todos son de una belleza extremada, con músculos mejores que los antiguos, con atavíos más delicados.

En la primera parte abandonada de su baile hay paradas llenas de languidez, actitudes desfallecidas, moribundas. Su *crescendo* es terrible, y hacia el fin, á su paroxismo de frenesí se mezcla algo de erótico. De pronto, he aquí que todos se levantan como sorprendentes clowns, lanzándose todos á un tiempo como por un inmenso trampo-

lín, giran sobre sí mismos cabeza abajo, en el vacío, y vuelven á caer de pie, y vuelven á comenzar indefinidamente sus saltos, al ruido de una música sin nombre que mete miedo. Se ven algunos que parecen tendidos en el aire, dando vueltas con el cuerpo horizontal, como en una especie de caída perpetua, sosteniéndose merced á su velocidad, rechazando de cuando en cuando el suelo con una patada nerviosa, sosteniéndose contra todas las nociones que se tienen acerca del equilibrio de los seres. Sus grandes cabellos desenroscan sus rizos negros como sobre cabezas de furias. El choque precipitado de sus pies descalzos hace temblar el suelo, que resuena sordamente en cadencia. Cuando se les mira se va la cabeza; todas aquellas exhalaciones cálidas, aquel aire pesado saturado de perfumes, aquella luz de oro en que están bañadas las cosas, aquella bóveda de palmas que aplasta, aquellos sonidos desgarradores de las gaitas, las contorsiones de aquellas carnes, el vértigo de aquel movimiento—todo esto se apodera de uno poco á poco, como una embriaguez; la cabeza se aturde, y acaba uno por languidecer

en aquel exceso de ruido, sin ver ya nada.....

Aquella Mahé es más grande de lo que se piensa. Cuando se pasea por aquellas verdes alamedas, se descubren poco á poco barrios cuya existencia no se sospechaba al principio; tan bien ocultos estaban entre las palmeras: una iglesia construída en una plaza, ó más bien, en un claro del bosque; una casa rectoral, apacible y campestre; un conventillo con hermanas de la Caridad; luego algunas casas altas habitadas ahora por indios pobres, pero que han guardado del antiguo tiempo un cierto recuerdo suntuoso.

La iglesia ofrece un aspecto sencillo, un poco *colonial* bajo su capa de cal blanca; pero es bastante vieja para tener ya un encanto de *pasado* y producir el recogimiento como nuestras iglesias de Francia.

En seguida un barrio completamente indio, animado, casi ruidoso; grupos donde se canta; un gran brillo de paños blancos ó rojos lanzados sobre torsos de color de ciervo; tiendas de fruta, de curgas, de ropajes y de abanicos; un mercado de pescados, que se exponen en el suelo; siempre

aquel suelo de color de sanguinaria, y allí disputas de pescaderas indias arrugadas, espantosas, con barbillas colgantes como los pechos de las cabras negras, como sacos vacíos, con anillos pasados por la nariz y que se la desgarran.

La caída de la tarde me coge más lejos, en el barrio salvaje de los pescadores. En la gran playa delante de las rompientes, enfrente del Océano Índico, que desarrolla su infinita extensión, sin una isla, sin un arrecife, sin una vela; está movido aquella noche por un viento tibio que sopla del Este, y mi navío aparece en el fondo, muy lejos, visible apenas, solo, perdido al extremo de aquella agitación azul. Ved aquí unos pescadores desnudos, con brazos de bronce, que arrastran una ancha piragua hacia el mar, aprestándola para alguna expedición nocturna, y lanzándola en las olas que braman, donde pronto desaparece. A mi alrededor hay casuchas de caña que me recuerdan no sé qué, que he conocido en otra parte; hay grandes cocoteros delgados, que columpia el viento marino, con un ruido oído ya otras veces, ya familiar. Y ando por un suelo sembrado de palmas

secas, de guijarros negros, de ramas de coral..... ¡Cómo se parece todo esto á la Polinesia!..... Entonces siento un escalofrío, y no paso porque hay algo invisible que me aprieta..... Recuerdo muy palpitante, muy rápido, muy pronto borrado; una vez más aquel encanto y aquella tristeza de las playas de Oceanía, que no he sabido nunca expresar con palabras, que he acabado por olvidar con los años, pero que vuelve de cuando en cuando á turbarme misteriosamente.